



EL
HEREDERO
MAR VAQUERIZO

EL
HEREDERO
MAR VAQUERIZO

EDICIONES KIWI, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2022
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-20-2
Depósito Legal: CS 670-2022
Copyright © 2022 Mar Vaquerizo
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Ana María Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para Arantxa, la de verdad, la que me acompaña desde los dieciséis años y con la que he vivido casi todo lo que se puede vivir en estos veintiocho años de amistad.

Te quiero, amiga.

Siempre juntas.

—Te amo —dijo el principito.

—Yo también te quiero —dijo la rosa.

—No es lo mismo —respondió él—. Amar es la confianza plena de que pase lo que pase vas a estar, no porque me debas nada, no con posesión egoísta, sino estar, en silencio compañía. Amar es saber que no te cambie el tiempo, ni las tempestades, ni mis inviernos. Dar amor no agota el amor, por el contrario, lo aumenta. La manera de devolver tanto amor es abrir el corazón y dejarse amar.

—Ya lo entendí —dijo la rosa.

—No lo entiendas, vívelo —agregó el principito.

**El Principito,
Antoine de Saint-Exupéry**

*Tengo la certeza
de que con vos lo quiero todo:
amarte y extrañarte,
buscarte y encontrarte.
Perderte...
Y por un momento recordar
la soledad de no tenerte.
Morir un poco y resucitar
de nuevo con tu beso.*

Leunam

PLAYLIST

Os dejo la lista de canciones de la novela, como siempre, para que la podáis disfrutar mientras leéis la historia.

Espero que os guste y os envuelva en cada escena para que la experiencia sea más especial.

Mil besos.

- My Joy* de Leela James
- Five Hours* de Deorro y Chris Brown
- Lies* de MK y Raphaella
- Nostálgico* de Rauw Alejandro, Chris Brown y Rvssian
- Stars Align* de Majid Jordan y Drake
- Killing in the Name* de Rage Against the Machine
- Let's Stay Together*, versión de Maroon 5
- This Summers* de Maroon 5
- I Don't Trust Myself* de John Mayer
- Electricity* de Dua Lipa
- Yo x ti, tú x mí* de Rosalía y Ozuna
- Clandestino* de Shakira y Maluma
- Is it Love* de 3LAU y Yeah Boy
- Rude Boy* de Rihanna
- Pitch Black* de Chris Brown
- You Don't Miss Your Water* de Craig David
- The Only Reason* de JP Cooper

PRÓLOGO

Los veía descender en la lejanía a paso lento sobre la nieve.

Habían cerrado las contraventanas de madera y asegurado las puertas en cuanto ella vio de nuevo el reflejo en la montaña.

Ahora los vigilaban a través de los visores que habían fabricado atravesando la madera, para poder controlar el exterior y disparar cuando fuera necesario.

—¿Cuántos? —preguntó a sus compañeros por el sistema de escucha que todos llevaban. Necesitaba saber el número de enemigos que veían desde sus puestos de vigilancia y hacerse una idea de a qué se enfrentaban.

—*Dos* —contestó Tyler desde su posición en la cocina.

—*Dos* —le siguió Ethan desde la ventana del extremo de la chimenea.

—Cinco en el pasillo principal —aportó él, hablando del camino que bajaba de la montaña, que podía ver frente a la cabaña donde se ocultaban.

Eran nueve atacantes.

De momento...

Las mujeres guardaban silencio en el sótano, escuchando con atención todo lo que hablaban sus protectores en el piso superior.

Se ocultaban agazapadas en la parte más alejada de la puerta, con Tara, el *husky* siberiano, delante, en primera línea, dispuesta a defenderlas con uñas y dientes.

—¿Estás bien? —preguntó a la mujer por radio.

Ella cogió aire al oír su voz.

No quería estar allí escondida. Fuera cual fuese su destino, no quería encontrarlo alejada de él. Le había pedido estar juntos, pero se negó.

—*Estoy aquí*—susurró al sistema de escucha militar que le había instalado.

Él aguantó la respiración, nervioso por lo que estaba por venir, por no tenerla a su lado, por no estar seguro de poder protegerla como se merecía.

—¿Ves un armario que hay junto al baño?—preguntó, sin quitar ojo al horizonte a través de uno de los agujeros en la madera.

—Sí.

—Tiene un doble fondo. Es el acceso a un túnel que da al exterior—explicó intentando transmitir calma. Aunque él no la sentía—. Si os digo que corráis, salid por ahí.

Las tres mujeres se miraron, asumiendo la información. Se levantaron, se aproximaron al mueble indicado, abrieron la puerta con sigilo y comprobaron la salida que les marcaba.

—Lo vemos. *OK. Copiado*—contestó imitando una respuesta militar a la que, sin querer, se había acostumbrado, mientras que cerraban la trampilla, sellándolo de nuevo. Ojalá no lo tuvieran que utilizar.

—*Te quiero. Siempre*—susurró el soldado con un nudo en la garganta.

—Y yo a ti—contestó ella con una lágrima recorriendo su mejilla.

La comunicación se cortó sin oportunidad para nada más.

Las tres se colocaron de nuevo en el rincón.

Ya solo podían esperar.

CAPÍTULO 1

Madrid, 2022

Dos meses antes

Regresar a casa era la misión más tediosa a la que se enfrentaba.

Durante años, su supervivencia había sido un viaje constante donde cualquier día podía ser el último.

Así lo había querido, casi buscando la muerte en cada objetivo, en cada nuevo destino...

La cordura regresó cuando vio el fin de su vida demasiado cerca y decidió volver. La verdadera batalla estaba en casa, y la venganza que más necesitaba... no debía librarla en el frente.

Ser un SEAL significaba muchas más cosas que saber disparar un arma, deslizarse como un fantasma entre los enemigos o caer desde el cielo en un punto del planeta para mantener el mundo como lo conocemos, aunque nunca nos enteremos.

Honor.

Lealtad.

Principios.

Daniel bajó del taxi en la puerta de su antigua vivienda. El *hogar* lo había dejado junto a sus hermanos de armas. La vida y los acontecimientos de los últimos años no le permitían recordar otro.

Le costó unos segundos meter la llave en la cerradura. Hacía tanto tiempo...

Esta vez no había vuelta atrás. Regresaba para quedarse, para recuperar lo que era suyo. ¡Su vida! Nada ni nadie lo iba a impedir.

Aún se le aceleraba el corazón al recordar el discreto operativo en Manhattan para conseguir lo que necesitaba para ser libre.

Sin Rick y Tyler no lo hubiera conseguido. Nunca le fallaban. Les debía mucho.

Su mente regresó al presente. La ausencia de olor a cerrado que esperaba al entrar lo noqueó. Arrugó el ceño, confundido. Encendió la luz del *hall*.

Caminó con seguridad hasta el salón y lo atravesó.

Abrió las cortinas, las persianas y las puertas correderas que daban al jardín.

Hacía años que no pisaba esa casa que con tanta ilusión compró, amuebló y creó..., para no poder disfrutar.

Cuando su madre murió, decidió instalarse en Madrid como residencia habitual, aunque adoraba Nueva York. En la Gran Manzana había disfrutado y vivido sus mejores tiempos, pero era hora de sentar la cabeza y crear objetivos de futuro de verdad.

Quería ayudar a su padre, llevar junto a él la empresa familiar, trabajar codo con codo y apoyarle incondicionalmente.

Y así fue durante un tiempo, en el que creó ese espacio donde independizarse en su segunda ciudad favorita.

Hasta que llegó Melanie y todo se esfumó.

Aún hoy, no entendía cómo su padre se dejó embaucar por las artimañas de esa mujer. Un hombre que se había hecho a sí mismo de la nada, trabajando muy duro para crear la gran empresa que hoy era M&C Stone. Había luchado para dejar un futuro a sus hijos, como había proclamado a los cuatro vientos..., hasta que ella apareció.

Odiaba odiarla. No quería sentir nada por ella, no se merecía ningún sentimiento.

La brisa suave de la noche de verano acarició su rostro.

Cerró los ojos, dejando que aquel frescor hiciera efecto.

El olor a humedad de una tormenta cercana le limpió la mente y arrastró el mal humor que le aportaba pensar en aquello. Le devolvió a la realidad, una en la que su madre había muerto hacía ocho años y su padre un par atrás.

Estaba huérfano, pero no solo. Ese era el único pensamiento que le hacía tener esperanza. Aflojó la tensión del rostro.

No solo la casa carecía de ese tufo a cerrado que odiaba, el jardín estaba cuidado y la piscina limpia. Sin duda, Patricia confiaba

más que él mismo en su regreso y había mantenido lo poco que le quedaba. Sonrió al pensar en ella, su otra mitad.

Aún la recordaba en el entierro de su madre. Triste y pequeña para él, con más de una década de diferencia entre ellos, a punto de cumplir dieciséis.

Cerró los ojos con fuerza y cogió aire.

Seis años después, el día en que murió su padre, le juró a su joven hermana que le devolvería lo que le pertenecía. Sus equivocaciones pasadas no tenían solución, solo podía regresar y arreglar el presente.

Ahora, solo podía pensar que en escasos días cumpliría su palabra e intentaría enmendar parte del daño causado.

Su teléfono seguro sonó.

Contestó sin mirar la pantalla. Solo podía ser una persona.

—Dime, Rick.

—*Amigo, ese tipo es una puta serpiente. Siempre ha desaparecido cuando llego a su última ubicación. Necesito más información para anticiparme a sus movimientos, pero es difícil con los cambios de identidad. No sé cuántos llevamos ya. No creo que ni el de los documentos que en contraste sea el de verdad* —explicó el hombre.

—¿Sigues en Nueva York? —preguntó Daniel, regresando al interior de la casa con rapidez.

—*Afirmativo. El Fantasma ha estado aquí, pero es muy escurridizo. Es imposible localizarle vía satélite. Lo tienen bien montado* —le contó molesto. No le gustaba perder—. *Ella se marchará de aquí en un par de semanas. Por lo que veo, tú has llegado bien.*

—Sí, todo controlado. Ya estoy en casa —explicó mientras consultaba datos en la pantalla del iPad, que había sacado con rapidez de una de sus bolsas—. El movimiento de dinero se puede rastrear. Tengo intervenidas las cuentas de la empresa desde hace tiempo y el patrón es claro. Después de regresar el fin de semana a Madrid, irá a Roma. Inténtalo allí, no importa el coste. Sin esa información, estamos a ciegas.

Al escucharle, Rick suspiró. Hacía tiempo que trabajaba por su cuenta y lo hacía para Daniel sin preguntar.

Le debía mucho, tanto en la línea de fuego como en lo personal, pero el problema que tenía con su madrastra ya transcendía a mucho más que una simple herencia.

Aquella mujer manejaba ingentes cantidades de efectivo que se esfumaban en manos de una sociedad con un testaferro que, por lo que parecía, era falso. Pero ¿en qué lo gastaba? No lo sabían. La mayoría de movimientos eran retiradas de efectivo o transferencias a cuentas opacas difíciles de rastrear. Siempre llegaban tarde a las transacciones, solo encontraban cortinas de humo.

—*No te preocupes por eso. Sabes que conmigo no lo necesitas. Iré a Roma y veré si tenemos más suerte.*

—Te pagaré. No vives del aire. Solo necesito tiempo para conseguir el dinero —insistió.

—*Tú soluciona tus temas en Madrid, que yo me encargo del italiano. Te llamaré cuando sea seguro y tenga algo.*

—Cuídate, Rick —le pidió. No sabían con quién se la estaban jugando, pero tenían claro que corrían peligro si sospechaban de sus movimientos.

—*Y tú, hermano* —dijo el hombre antes de colgar, mientras caminaba por el margen del río Hudson, dejando atrás el puente de Brooklyn, su zona de comunicación segura.

Mientras tanto, en el centro de Madrid, un hombre entraba con discreción en un bufete de abogados portando una cartera de cuero negro.

Tras identificarse como Tyler West, le dirigieron sin demora al despacho del señor Mendoza.

En cuanto se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada a su espalda, abrió la bolsa y sacó un sobre.

—Aquí tiene los documentos. Como se acordó, nadie puede saber de ellos hasta el día señalado —explicó, entregándole lo que con tanto celo había guardado.

—¿Él está aquí? —preguntó el abogado, acariciando los papeles que le entregaba con alivio y una punzada de esperanza.

Tyler miró el reloj que llevaba en su muñeca.

—Habrá llegado hace media hora —confirmó con sonrisa de triunfo.

El hombre asintió, reflejando el mismo sentimiento en su rostro.

De inmediato se giró sobre sí mismo, abrió una caja fuerte tras la pared y guardó el paquete entregado. Tras cerrarla, de nuevo caminó bordeando su mesa de despacho hasta llegar a él.

—Hazle saber que todo está dispuesto y pídele que aguante hasta el día de la lectura —explicó, cogiéndolo de los hombros con gesto paternal—. Transmítele mi alegría, pero sobre todo esperanza y prudencia. En unos días se resolverá todo.

—Lo haré, señor Mendoza.

—Tiene suerte de tener amigos como tú. Creo que, sin vosotros, Daniel no habría sobrevivido a su calvario personal.

—Es mi hermano, señor, y por un hermano se da la vida si es necesario —sentenció con los ojos llenos de emoción.

—Ojalá muchos hermanos de sangre fueran como tú, que no lo eres —apreció el abogado, pensando en cuánto había visto y vivido entre familias debido a su profesión.

—Debo marcharme —comunicó, asintiendo emocionado mientras se fundían en un cariñoso abrazo—. Nadie debe verme aquí. Tiene ojos y oídos en todas partes.

—Sí, es lo mejor. Esa mujer es una sanguijuela. Espero verte de nuevo.

—Nos veremos —aseguró, saliendo del despacho con media sonrisa triunfal.

El plan estaba en marcha y las cartas estaban sobre la mesa.

Tyler caminó hasta su coche desbordando alegría. Una nueva época iba a comenzar, una que su amigo merecía más que nadie.

Estaba deseando que llegara el día en que pudiera empezar a vivir, su mundo se estabilizara y disfrutara de lo que un hombre

con treinta y seis años debía estar experimentando con una pareja que le hiciera feliz por fin y olvidara lo demás.

Lo único importante de aquellos papeles era que, al final de la lectura, Daniel recuperase su vida. Lo material era secundario. Ambos lo sabían bien.

Arrancó deseando llegar a su casa, abrazarle y tomar una cerveza juntos. Una que les iba a saber a futuro por primera vez.

CAPÍTULO 2

Madrid, dos semanas después

Aún con el cansancio del *jet lag* a cuestas, estar sentada en la terraza del bar en el que acostumbraba a reunirse con sus amigas era una de las mejores sensaciones que Eva había tenido en los últimos tiempos.

La vida itinerante a la que le sometía su trabajo en M&C Stone, y que antaño era un aliciente, ahora se había convertido en un calvario.

Ser la asistente personal del presidente y propietario de una empresa tan importante era un trabajo duro. Cuando el señor Stone, fundador de esta, era su jefe, su puesto era envidiado y gratificante. Él valoraba el esfuerzo, pero sobre todo a las personas. Hacía que crecieras profesionalmente, como hizo con ella.

Cuando tenía veinticinco años, aquel hombre que acababa de enviudar le dio la oportunidad de entrar en su empresa desde puestos bajos para aprender todo sobre ella e ir ascendiendo. Se lo agradecería toda la vida. Pero ahora, ocho después, con su viuda sustituyéndole en el cargo, era lo contrario.

La repentina muerte del señor Stone los había conducido a una dirección empresarial que, si seguía tratando así al personal y a la compañía, los llevaría a pique sin miramientos.

Mecánicamente, pidió una Coca-Cola al camarero que tenía ante ella, sin levantar la vista de su teléfono móvil ni retirar los auriculares de sus oídos, donde escuchaba la sensual melodía de *My Joy* de Leela James en su obsoleto iPod.

Era una costumbre revisar los *emails* cada poco tiempo; pero, desde que estaba bajo las órdenes de aquella bruja, se había vuelto algo compulsivo.

—No me puedo creer que no te hayas fijado en el camarero. —Escuchó en su oído, después de que alguien le quitase uno de los auriculares.

No se asustó. Sabía quiénes eran. Esa voz era de Arantxa, su mejor amiga.

Eva negó con la cabeza por el comentario, mientras le daba dos besos, sin molestarse en buscar al chico al que se refería. Si algo tenía claro en su vida, era que los hombres, cuanto más lejos, mejor. Era difícil empezar una relación con aquellos viajes interminables, mucho más mantenerla. Ya había sufrido bastante intentándolo.

De su último novio, ni se acordaba. Solo se permitía relaciones esporádicas y sin ataduras cuando le apetecía, pero en ese momento estaba tan cansada que solo deseaba una dosis de amigas, un par de copas y marcharse a casa a dormir.

—Eva, ¡está de escándalo! —insistió Marta, su otra amiga desde la infancia, dándole un gran abrazo y un beso.

—No insistáis. Paso de complicarme más la vida.

Ante la inquisidora mirada de ambas mujeres, explicó por enésima vez su situación laboral mientras guardaba en el bolso el pequeño aparato con su música. La conocían de sobra, pero, después de tres meses alejada de ellas, lo mejor era recordárselo y evitar situaciones incómodas.

—De verdad, lo de tu jefa no tiene nombre —comentó Arantxa, molesta, ante el relato de su amiga sobre trabajo y más trabajo—. ¿Duerme esa mujer?

—Creo que sí. De madrugada no suele molestar —contestó mirando de nuevo el teléfono.

—Esa respuesta no vale. Necesitamos confirmar que no es un vampiro como los Cullen.

Eva levantó la vista de su móvil. Miró a Arantxa y las tres estallaron en carcajadas.

Lo único que le sanaba el alma era estar con sus amigas de la infancia. Con ellas todo estaba bien, en su sitio. Eran como hermanas, aunque no lo fueran de sangre.

Arantxa, una morena de pelo rizado que casi siempre lo llevaba liso. Alegre, divertida, inteligente y directa, a pesar de que doliera. Trabajaba en un concesionario de coches desde hacía muchos años, aunque su verdadera vocación era la psicología.

Estaba cansada de no ejercer su profesión, pero la comodidad de un sueldo con el que mantenerse, y ya pasados los treinta, le impedía intentarlo. Algún día daría el paso. Eva estaba segura y la animaba a ello cuando salía el tema.

Tenían un vínculo especial entre las dos. Se entendían tan bien que daba miedo, pero era un regalo para ellas, aunque habían tenido momentos en los que cortarían esa conexión por la sinceridad que conllevaba.

Marta era una mujer risueña de pelo rubio y facciones juveniles, algo que se complementaba con ese aire añorado que hace que parezcas más joven de lo que eres en realidad.

La dulzura de su carácter había guiado sus pasos desde el colegio hacia el cuidado de los más pequeños. En cuanto acabó la carrera, con la ayuda de su familia, montó una guardería.

—Y... ¿Cuándo te vas de nuevo? —curioseó, sabiendo que el tema le dolería.

—El martes.

Las tres guardaron silencio. Era viernes, solo tenían cuatro días escasos para estar juntas y luego se separarían otra vez por tiempo indefinido...

Cada segundo era importante. Habían conservado su amistad contra viento y marea. La distancia no era problema, nunca lo había sido.

Como siempre, la conversación derivó en una charla sobre dejar su puesto y buscar algo que la hiciera feliz. Pero no era tan sencillo.

El problema no era el trabajo, era la persona para la que trabajaba.

Su jefa solo la usaba en su propio beneficio. Se había sentado en el sillón presidencial esperando que los demás hiciesen que la

empresa resistiera sus malas gestiones, sin olvidar los gritos, los malos modos y el despilfarro del dinero a su antojo.

Si seguían por ese camino, caerían en bancarrota y todo el esfuerzo del señor Stone se esfumaría para siempre.

Aquel hombre tenía dos hijos... ¿Por qué no hacían nada?

Eva, desde que ascendió a asistente del señor Stone, solo había conocido a su hija Patricia. Supuestamente trabajaba en la empresa, pero hacía mucho tiempo que no la veía.

Sobre el hijo, ni rastro. Sabía que había trabajado allí, pero nunca le vio. Dicen que desapareció.

El señor Stone era muy reservado con ese tema. Nunca le nombraba y no había fotos de él en ningún sitio. Los demás actuaban igual. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Ella no podía hacer nada al respecto, solo observar el desastre. Sus herederos ya eran mayorcitos para interesarse por la situación, tomar partido e intentar solucionar la debacle empresarial que se avecinaba, si alguien no intervenía y rápido.

¿De verdad querían hundir lo que tanto le había costado a su padre?

No lo entendía. Era de locos.

Daniel se había acercado un par de veces a dejar bebidas en la mesa más interesante que había tenido, la de las tres amigas. No las había visto en el par de semanas que llevaba trabajando en su *negocio salvavidas*.

Aquel local de Carabanchel le había sacado de más de un apuro en su carrera por la supervivencia. El sueldo del Ejército como especialista era bueno, pero también lo gastó muy rápido en aquellos días malos en los que intentaba encontrar una respuesta a algo que ni siquiera le pertenecía.

Era dueño de su vida, su padre lo fue de la suya, pero había cosas incomprensibles que no entendía. Esperaba conseguir descifrarlas para restablecer el orden familiar y empezar a vivir.

Se fijó bien en las tres para distraerse. Le había parecido ver a la morena y a la rubia en el día a día del barrio, pero a la de pelo castaño claro nunca.

Era diferente a las otras. Parecía como si, a pesar de estar en el sitio correcto, se sintiera una intrusa.

Reconocía perfectamente esa sensación. Le pasaba cada día desde que había regresado a la vida civil.

Sintió alivio al verse reflejado en ella y comprobar que no era el único en esa situación, aunque reconocer la angustia en la mujer le inquietaba.

También le desconcertaba. Era guapo y atractivo, la naturaleza se había portado muy bien con él, y estaba acostumbrado a que las mujeres lo mirasen con deseo. Pero ella lo ignoraba, no le había prestado ni un minuto de su atención.

Le gustaba y era un reto. Nada le podía atraer más en ese momento. Tenía que pensar en algo. Continuó observándola.

—¿Dónde vas? —retomó Arantxa el tema, observando como Eva intercambiaba una mirada con el guapo camarero.

—Dormiré en Roma el martes —contestó obligándose a apartar la mirada del hombre. Sus amigas tenía razón sobre él.

—La *bella Italia* —intervino Marta dejando escapar un suspiro. Le encantaba ese país.

—Hace mucho tiempo que es un infierno. Con lo que yo amaba Roma... —confesó Eva apartando la mirada con tristeza.

—No lo permitas —pidió Arantxa—. Deja ese trabajo que tanto daño te hace. Con tu currículum puedes ir donde quieras.

Eva lo sabía. Que con su experiencia sería fácil encontrar algo interesante, pero también que el contrato y la confidencialidad la ataba a aquella bruja dos años más.

Negó con la cabeza y revisó sus *emails*. Aquella conversación le recordaba el trabajo y fue un gesto automático.

El silencio se instaló de nuevo entre ellas, mientras Daniel se acercaba a dejar los mojitos que habían pedido.

Se fijó en ella aprovechando la cercanía. Aquella mujer no era feliz, aunque sus amigas intentaban sacarle las sonrisas a la fuerza...

¿Quién le estaba haciendo tanto daño como para no disfrutar de una noche de viernes? Esa chica le llamaba la atención, y le despejaba la mente pensar en todo aquello que no le afectaba a su vida real...

—Bueno, y ¿qué tal el neoyorquino? ¿Has vuelto a verle? —preguntó Marta, un segundo antes de que Daniel comenzase a servir.

Eva la miró con mala cara. No quería hablar de hombres, y menos delante de él. Su amiga lo sabía y, con sonrisa de no haber roto un plato en la vida, la alentó para que contestase.

—Le vi un par de veces, pero ya está. He regresado y no sé cuándo volveré, así que... fin del neoyorquino antes de empezar. ¿Cambiamos de tema? —exigió mientras cogía con premura el vaso de manos de Daniel para darle un buen trago.

—¿Algún otro hombre a la vista? —insistió el diablillo, subiendo y bajando las cejas con celeridad, mientras señalaba ligeramente al camarero con la barbilla.

—¿Y vosotras, preguntonas? ¿Hombres interesantes a la vista? —contraatacó.

Daniel confirmó la soltería de las tres antes de entrar al local a dejar los vasos en la barra. Hablaban mucho.

Le chocó descubrirlo. Eran atractivas y simpáticas, lo habitual era tener algún amigo especial. Desde luego, él lo intentaría ser si tuviera oportunidad.

Su vida iba a cambiar, por fin iba a ser estable y tranquila. ¿Por qué no darse una oportunidad? Sabía que había perdido sus habilidades de seducción entre balas, venganzas y operativos especiales, pero todo era empezar.

—La del vestido negro te gusta. A mí no me engañas —sentenció Toni desde el otro lado de la barra, mientras llenaba una cubitera de hielos.

Era el encargado de que todo funcionara cuando él no estaba. Sonrió ante el silencio de su interlocutor.

Daniel se giró para salir del local. No pensaba contestar. Había instalado un espacio exclusivo para camareros junto a la puerta, con una mesa alta y una silla para atender con diligencia a los clientes. Allí se pensaba quedar.

No tenía ganas de confesar sus intereses. Además, sospechar que tenía pocas posibilidades con aquella mujer le hacía querer acercarse más a ella. Era una batalla difícil de ganar y no había cosa que más le gustase en el mundo que superar retos y misiones imposibles.

Tras una hora más de confesiones de las mujeres y vigilancia de Daniel, el horario de terraza finalizó. Toni, unos años mayor que él, bastante observador y que le había conocido lo suficiente en todo el tiempo que les unía aquel *pub* para saber lo que le gustaba y lo que no, se acercó hasta él.

—Te gusta, no lo niegues.

—Me gusta —confesó Daniel, incapaz de mentir. No iba a servir de nada hacerlo.

—No sé por qué has vuelto, ni por qué estás aquí trabajando de camarero. Eres el dueño y ya no lo necesitas. Pero hay algo que sí sé: o actúas rápido, o se marcharán. Pincha buena música e invítalas a una copa.

Toni regresó al interior sin decir más, mientras aquel consejo daba vueltas en la mente de Daniel.

Decidido, se dirigió a la mesa de mezclas de la cabina del DJ, puso una canción que pensó que les gustaría, subió el volumen y salió a entregar la cuenta a la mesa de las mujeres junto con la invitación.

Tras unos minutos, estaba tan absorto limpiando y recogiendo para entrar lo antes posible al *pub* que no se dio cuenta de que la tenía delante y le estaba hablando.

—Muchas gracias por la copa, aceptamos —decía Eva.

Con calma y disfrutando del momento, Daniel levantó la mirada.

Era elegante y sensual.

La miró a los ojos. Eva se giró sin darle oportunidad de hablar.

Con media sonrisa y consciente de su atracción, la mujer caminó hasta la puerta del local con paso calmado y una gracia que le dejó sin aliento.

Sin perderla de vista, pensó por qué le llamaba tanto la atención.

Si tenía un prototipo, ella no entraba en él. O, al menos, no hubiese estado entre las que habitualmente elegiría. Aunque su madre ya le avisó que el día que se enamorase de verdad, lo haría de la mujer más inesperada e inaccesible, de una difícil que no cayera rendida a sus pies como la gran mayoría.

Eva cumplía los requisitos. Todos.

Parecía segura, hecha a sí misma y con carácter.

Intentó apartar la mirada, pero no pudo. La observó hasta que vio cómo se perdía en el interior del local, bailando la canción que había elegido para intentar atraerlas y que no se marcharan: *Five Hours* de Deorro con Chris Brown.

El local estaba casi vacío. Se acomodaron en la barra sin perder el ritmo de la música, que sonaba mientras hablaban.

—No me puedo creer que ya no haya neoyorquino —insistió Marta, continuando la conversación que habían dejado a medias un rato antes—. Se te veía ilusionada cuando nos lo contaste por WhatsApp.

Eva sabía por qué lo hacía. Era incapaz de dejar un tema correr sin más y quería todos los detalles. Además, Daniel había entrado y estaba cerca sirviendo copas. La música tapaba algunas palabras, pero otras muchas las escucharía sin problemas. Y es lo que ellas querían.

—Quedé con Eric un par de veces para cenar y bailar. El primer día me robó unos besos en la puerta del hotel y en la segunda pasé la noche con él —explicó de espaldas a la barra, sin querer saber qué había escuchado aquel hombre y qué no. No le importaba—. Estuvo bien, hubiese quedado con él más veces, pero cuando todo comenzaba a ser interesante... ¡Adiós, Nueva York! ¡Hola, Madrid! La historia de siempre.

—No te puedo creer —susurró Marta escéptica.

—Créetelo —afirmó Eva mientras bailaba tímidamente, intentando quitarle hierro al asunto. Pero en realidad le molestaba el tema. Su regla número uno era evitar a los hombres para no pasar por situaciones similares una y otra vez. Sin embargo, no aprendía—. Era un chico fantástico, pero no lo veré más. Aunque vuelva dentro de dos o tres meses, ya se habrá olvidado de mí.

—Seguro que no —intentó animarla Arantxa—. Eres una mujer guapa, inteligente, interesante y sensual. ¿Cómo se va a olvidar de ti?

Eva esbozó una sonrisa triste mientras dejaba un beso en la mejilla de su amiga. Le agradecía sus palabras, pero era como estar en el día de la marmota cada vez que lo intentaba con alguien. Era frustrante y no tenía solución a corto plazo.

—Se olvidará. Solo tiene que encontrar a otra que no desaparezca a seis mil kilómetros de distancia —sentenció girándose para dar un trago a su mojito.

Daniel lo había escuchado todo y se encontró con sus ojos al dar la espalda a sus amigas.

La miró lo suficiente como para ver su tristeza y comprender que aquel tema había sido importante para ella, pero le hacía daño y ya lo había dado por perdido. Él mismo había tenido esa expresión hacía tiempo por otro motivo y comprendía lo doloroso que podía ser cuando se trataba de sentimientos. De amar, al fin y al cabo.